3 1761 06781803 9

Torres del Alamo, Angel
Mari

PQ
6637
07M47

Digitized by the Internet Archive
in 2010 with funding from
University of Toronto

http://www.archive.org/details/mariladelosbrill00torr

Año XIII.—Núm. 672

Los Contemporáneos

672

MARI, LA DE LOS BRILLANTES

O

EL MODISTO PARISINO

Comedia de costumbres, en dos actos

Núm. 672

20 Cts.

Original de

Angel Torres del Alamo

y **Antonio Asenjo**

ESTÓMAGO ENFERMOS

Desahuciados de los médicos, sometidos sin resultado a innumerables tratamientos, no dejéis de probar, aun sólo por vía de ensayo, los POLVOS DEL DR. JULIUS MERC. Os curaréis radicalmente. Recétanlo eminencias médicas. ¡¡Millares de curaciones!! Seis pesetas frasco, **MADRID**, Gayoso; **BARCELONA**, Segalá, Viuda Alsina; **ZARAGOZA**, Jordán; **VALENCIA**, Cuesta; **MURCIA**, Selquer; **MALLORCA**, Centro Farmacéutico. Principales farmacias y Centros de Específicos de España y Américas. **Para convencimiento éxito remite muestra gratis, Pousarxer, Apartado 481, Barcelona.**

Frasco certificado, siete pesetas.

—Que Paco peca poco se asegura,
a pesar de que Paco es hombre rico
y de que tiene Paco mucho pico.
—Pues presto Paco peca, está segura,
rendido a la belleza de las hembras
que usan jabón y crema PECA CURA.

Jabón, 1,50; Crema, 2,50; Polvos, 2,50; Agua Cutánea, 5,50; Agua de Colonia, 3,50, 6, 10 y 16 pesetas, según frasco. Lociones para el pelo, 4,50, 6,50 y 20 pesetas, según frasco.

ULTIMAS CREACIONES
PRODUCTOS SERIE "IDEAL"

Acacia, Mimosa, *Ginesta*, Rosa de Jericó, *Admirable*, Matinal, *Chipre*, Rocío Flor, *Rosa*, Vértigo, *Clavel*, Muguet, *Violeta*, Jazmín. Jabón, 3; Polvos, 4; Loción, 4,50, 6,50 y 20 pesetas, según frasco. Esencia para el pañuelo, 13 pesetas, frasco en estuche.

Cortés Hermanos —(Sarriá).—**Barcelona.**

FABRICA DE CORBATAS

CAMISAS, GUANTES
GENEROS DE PUNTO
ELEGANCIA, URTIDO Y ECONOMÍA
12, CAPELLANES, 12
PRECIO FIJO

SENOS

Desarollados, Reconstituidos, Hermoseados, Fortificados

con las **Pilules Orientales**

el unico producto que en dos meses asegura el desarollo y la firmeza del pecho sin perjudicar la salud. Aprobado por las notabilidades medicas.

J. RATIÉ, Pharm. Paris,

Un frasco se remite por correo, enviando 7. 50 pesetas en libranzas o giro postal á CARMEN y C.ª, Lauria, 26, Barcelona. De venta en Madrid: Gayoso, Arenal 2; en Barcelona: Olivar, Hospital 2.

UNA SEÑORA

ofrece comunicar **GRATUITAMENTE** a todos los que sufren de: neurastenia, debilidad general, vértigos, reuma, estómago, diabetes, tisis, asma, neuralgias y enfermedades nerviosas, un remedio sencillo, verdadera maravilla curativa, de resultados sorprendentes, que una casualidad le hizo conocer.—Curada personalmente, así como numerosos enfermos, después de usar en vano todos los medicamentos preconizados, hoy, en reconocimiento eterno y como deber de conciencia, hace esta indicación, cuyo propósito puramente humanitario, es la consecuencia de un voto.—Dirigirse únicamente por escrito a D.ª CARMEN T. GARCÍA, Salmerón, 167.—BARCELONA.

Los Contemporáneos
Año XIII.—Núm. 672
8 Diciembre 1921
DIRECTOR: AUGUSTO MARTÍNEZ OLMEDILLA

MARI, LA DE LOS BRILLANTES

O

EL MODISTO PARISINO

LIBRARY
JUN 26 1968
UNIVERSITY OF TORONTO
PQ
6637
O7M47

A nuestro gran amigo el maravilloso doctor Miguel Serrano, espejo de caballeros y paño de lágrimas de la juventud estudiosa.

ACTO PRIMERO

La escena representa el interior de *El Ideal Room*; es de noche. Al levantarse el telón los zinganos terminan el *fox* de moda. Varias parejas bailan amorosas. Las bailarinas de la casa «actuan» mecánicamente.

ESCENA PRIMERA

DIEGO LEYVA. LA ESMERALDINA. PERICO CIFUENTES *y* LOLA "LA MARCHOSA", *sentados todos a la misma mesa. En otra* OLMEDO, *señor de cierta edad, y* LA PLATÓNICA. *El resto de las mesas las ocupan parroquianos de uno y otro sexo.*

ESM.—¿De veras nos vas a llevar en el automóvil por la Castellana?

DIEGO.—Que sí, mujer.

ESM.—Pero, ¿y si nos ve tu padre?

DIEGO.—Está curado de espanto. Verás, anteanoche entramos Jorge Casablanca y yo a tomar un bocadillo a los Gabrieles, cuando se me ocurrió asomarme al cuarto del tranvía, y allí me encontré a mi queridísimo padre, en mangas de camisa, con un gorro de papel y cantando por bulerías aquello de

¡Ay, por Dios,
que me llamen al Doctor!

Chico, para llorar de risa.

PER.—No estaría solo.

DIEGO.—Quiá, estaba con unos compañeros del Senado y unas muchachas. Entré en el cuarto y por poco descarrila el tranvía; mi padre quiso disculparse, pero para qué te voy a explicar, a los cinco minutos estábamos todos con gorritos de papel cantando:

"Agua que no has de beber."

PER.—Cómo se conoce que tu madre y las niñas están en Fortuna. Mira que aprovecharse de la enfermedad de ella, para irse de juerga el padre y el hijo.

DIEGO.—Pero si mamá no tiene nada. Es una *combina* que ha inventado papá para quedarse solo. Y este año lo han ido a Fortuna, pero antes las mandaba a Carbals, en Alemania, porque están más buenas aquellas aguas son las que

PER.— ejos.

D ¿Has estado en el Real?

IEGO.—Sí.

LOLA.—Qué lata. Yo *pa dir ar* teatro *tié* que ser de mucha risa.

PER.—Y los dramas, ¿no te gustan?

LOLA.—*Pa yorá* como una *Mardalena*, que me despinto *toa* y *sargo* con un ojo más chico que otro. Quita *ayá*.

PER.—¿Y qué tal el nuevo barítono?

DIEGO.—De los de ovación y oreja y vuelta al ruedo, como diría Paco Moraleda.

LOLA.—¿Has visto a Guillermo?

DIEGO.—Allí estaba en un palco con la familia.

LOLA. (*Con retintín.*)—¿Y su *adorao* tormento?

DIEGO.—No la hemos visto. Hace días que no van juntos a los teatros.

ESM.—Es verdad. Porque ella viene aquí por las noches acompañada de doña Timo y su hija.

DIEGO.—¡Pobre señora! Es de lo más pintoresco que he conocido. ¡Y cómo trabuca las palabras, y que afán de compararlo todo con obras teatrales!

ESM.—Tú te ríes de ella, pero la niña bien que te gusta.

DIEGO.—Buenos *bistés* me cuesta la madre.

PER.—Eso, sí. Al doña Timo en cuanto ve un *bisté* o un trozo de pollo, se le llenan los ojos de lágrimas. (*A Lola.*) Ya estarás satisfecha, porque Guillermo parece que se separa cada vez más de Mari-Nieves. ¿Te gusta mucho?

LOLA.—Bastante, porque es mi tipo; un señorito castizo. ¡Hay que verle cuando le sale el chulo que lleva dentro! Porque casi todos los señoritos de Madrid llevan dentro un chulo. Ahora que en este mío hay también *argo* de amor propio. Guillermo y yo, como tú sabes, hemos estado a media correspondencia.

PER.—Sí, que tú le escribías y él no te contestaba.

LOLA.—No es eso; he *quer'ío desir* que Guillermo y yo hemos *estao* a punto de *paeser* matrimonio. Cuando de pronto se encalabrina con la costurera de su casa, y de la noche a la mañana la convierte en una mujer de *postín*, y la pone en *circulasión*.

PER.—Cierto que Guillermo la ha metido en esta vida, pero ya sabes que no lo hace únicamente por lucir una mujer guapa; él está loquito por ella, y ella le es fiel como un perro.

LOLA. (*Se ríe.*)—Que la ponga a prueba y verá. Mientras hay dinero en *abundansia* y no *caresemos* de *na* casi *toas* somos fieles, pero en cuantito que tenemos que ir a dejar tarjeta en *er* Monte, se acabó la *fideliá*.

PER.—En este caso creo que te equivocas. Si Mari-Nieves, tuviese que hacer esa visita de cumplido de que hablas, volvería a su trabajo...

LOLA.—Eso que *dise* está bien *pa* una comedia de esas que te sacas de la *cabesa*, pero en la *vía* no ocurre *asina*.

PER.—De todos modos, ten en cuenta que Mari-Nieves es constante.

LOLA.—La *constansia en er queré*, es como *er* que *tié* un sabañón y le prohiben rascarse, de cada veinte se rascan veinti uno.

PER. (*Se pone de pie.*)—Muy ingenioso pero no me convences; hay mujeres constantes, y si no ahí está mi Carmen, diez años llevamos de relaciones, y ya ves si me querrá, que a estas alturas le ha dado por amor platónico.

LOLA.—Eso es que piensa *reemplasar*.

PER.—Qué mala persona eres.

LOLA.—Lo que tú quieras, pero la costurerita esa va a verter más lágrimas que una *Madalena*.

PER.—Bah. (*Se va a otra mesa, donde toma asiento con las personas que la ocupan.*)

DIEGO.—Ese se ha creído de verdad que te has enamorado de Guillermo, pero yo que estás a sueldo de su familia para desbaratar el idilio.

LOLA.—¿Cómo?

DIEGO.—Que no ignoro que el hermano mayor de Guillermo te ha buscado y te ha ofrecido el oro y el moro si le haces romper con Mari-Nieves, porque como la familia de Guillermo es de postín, tiene el temor, creo que fundado, de que sin reparar en conveniencias sociales, Mari-Nieves y

amor hagan un acto de presencia ante el párroco.

LOLA (*Un poco alarmada.*)—Oye, no se te ocurrirá decirle a él una palabra.

DIEGO.—¿Yo? ¿Y a mí qué me importa lo que pasa?

ESM.—Oye, ¿te pagan bien tu trabajo?

LOLA.—No tenéis idea de los billetes que suelta la familia.

ESM.—Pues yo no sería capaz de hacer una cosa así.

LOLA.—Yo, en cambio, estoy *encantá*, no sabéis lo divertido que es quitarle el novio a una que presume de *honrá*... Además, que Guillermo es un buen hombre... (*Pequeña pausa.*) Os habéis fijao en la Platónica.

ESM.—Cada día trae uno nuevo.

LOLA.—Qué suerte, se ha pasao la vida haciendo limosnas de amor, y nunca le falta un limosnero.

ESM.—Tengo entendido que es muy caritativa.

LOLA.—Un asilo. Como que aunque se muriera no conocería el último novio.

DIEGO.—Pues a mí me habían dicho que estaba arrepentida de todo, y que cuando pasara a la otra vida la iban a vestir de carmelita.

LOLA.—Será para que no la conozca San Pedro.

OLM. (*A la Platónica.*)—Yo creo que me engañas.

PLAT.—Que no; te juro que si te murieses me volvería loca.

OLM.—¿Por quién?

PLAT.—Por naide, so pelmazo. Pero ¿qué te has figurado?

OLM.—Eso es que no me quieres.

PLAT.—Me has llevado dos noches al *cine;* me has comprado un manguito de nutria y me has traído aquí esta noche; te he querido tres días; ajusta la cuenta a ver cómo salgo. (*Se acerca la bandurrista de los tzinganos y pide con el plato en la mano.*)

BAND.—*Pur* les artistas, señor.

PLAT.—No seas roñica. Dale algo. (*Se echa mano al bolsillo Olmedo.*) Y no vayas a dar diez céntimos, como al *chauffeur*, que nos ha llevado toda la tarde. (*Olmedo da unas monedas.*)

BAND.—Mersi. (*Se va.*)

PLAT.—Que la has *dao*.

OLM.—Un real.

PLAT.—Que bien dice el refrán que los avariciosos y el cerdo no son útiles hasta después de muertos. ¿Y dices que eres soltero?

OLM.—Del todo.

PLAT.—Pues no sé para qué quieres el dinero.

OLM.—Lo que no sé por qué razón los solteros tenemos que dilapidar nuestra fortuna.

ESCENA II

DICHOS, PEPE *y* PAQUITA

PEPE (*A Paquita.*)—Si te parece, nos quedaremos aquí. (*Reparando en Olmedo, que está frente a la puerta de entrada.*) ¡Válgame el cielo, mi padre!

OLM. (*Que ha visto a su hijo, se pone de pie y va hacia él como una flecha.*)—¡Está bien, lo que yo me esperaba!

PEPE.—Papá.

OLM. (*Amenazándole.*)—Y no te rompo la cabeza, mal hijo, porque no quiero dar un espectáculo... (*Intervienen algunos personajes para poner paz.*)

PER.—¿Qué va usted a hacer, caballero?

OLM.—Iba a hacer un escarmiento con este hijo mío, que ha salido un granuja. Ya veo que no me han engañado... Ya sabía que vendrías aquí esta noche. ¡A casa! A casa inmediatamente, que allí sabrás lo que es un padre. (*Se lo lleva a empellones. Los parroquianos tornan a ocupar sus sitios respectivos. Paquita se sienta al lado de la Platónica.*)

PER.—Esto ya se ha pasado; son pláticas de familia...

PLAT.—Te has lucido con la conquista.

PAQ.—Pues lo siento, porque era un muchacho muy rumboso.

PLAT.—Entonces no ha salido al padre, que es más agarrado que una lapa.

PAQ.—¿Pero tú tenías que ver con él?

PLAT.—Se conoce que le he estado sirviendo de cimbel para cazar a su hijo, porque no hacía más que preguntarme si conocía a un tal Pepe Olmedo.

PAQ.—Que es ese muchacho,

ESCENA III

DICHOS. DOÑA TIMOTEA, MARI-NIEVES, OFELIA *y* HENRY. *En este momento empieza a tocar el sexteto un vals o un "fox-trot", y comienzan a bailar varias parejas.*

TIM. (*Asomándose a la puerta.*)—Buenas noches, señor de Cifuentes y la compañía. (*Entra Ofelia.*)

PER. — Hola, doña Timo, buenas noches, niña.

HENRY.—*Bon soar, mesié e dames.*

PER.—*Bon soar*, señor de sastre.

HENRY.—¡Oh, *petit Pierr*, yo soy modisto, pero en mi taller, aquí soy Henry a secas. (*Va saludando a varias personas, llevándose la mano que coge al corazón. Entra Mari-Nieves. Un criado la quita el gabán, y después ella saluda a los amigos.*)

TIM.—Qué buen personal.

HENRY.—Aquí vienen las chicas "bien" de las casas "mal", y los chicos "mal" de las casas "bien".

TIM.—Señor de Cifuentes; le voy a presentar a mi segunda primogénita

PER.—Sí, la conozco ya.

TIM.—A ésta no. (*A Ofelia.*) Tengo el gusto de presentarte al señor de Cifuentes, famoso escritor. Ya ves si será bueno, que todavía no le han dado un banquete.

OF.—Tanto gusto. ¿La familia buena? Yo, buena; gracias.

TIM.—Como verá usted, la he dado una educación *esmerilada;* es La Escuela de las Princesas.

PER.—¿Va a las Ursulinas?

TIM.—La mando a un colegio de *adúlteras*.

PER.—Será de adultos.

TIM.—No sabe usted lo que estoy haciendo por ella; espero que no me saldrá como la otra, una *ingata*.

PERI.—Con erre, doña Timo.

TIM.—Una *ingarta;* es verdad.

M. NIEVES. — Diga usted, Cifuentes; ha venido Guillermo.

PER.—Todavía no.

LOLA.—Estaba en el Real, en el palco de la viuda de Solana..., esa mujer tan guapa...

PER.—No haga usted caso, Mari-Nieves; ésta se han confundido. Guillermo estaba en el Real con su familia. (*El criado se habrá llevado también el abrigo de Ofelia.*)

LOLA. (*A Mari.*)—Has *llorao*, Mari. *Paese* que *tiés* los ojos como de *llorá*.

MARI. — ¿Llorar yo? En mi vida he estado más contenta. Tengo todo cuanto quiero. El que me puede hacer llorar no ve más que por mis ojos.

LOLA.—No esté muy segura. Los hombres son como veletas, y en amor la duda es necesaria. A más, que tu don Juan ha *tenío* un montón de amores. Las mujeres le han *durao* menos que las corbatas.

HENRY.—Pues Mari-Nieves le ha salido de pano extra *super*, doble ancho.

MARI.—Esto, fuera aparte de que los amores que ha tenido han sido de segunda mano, que de sobra lo sabes tú.

LOLA.—Pues hija, yo, en tu lugar le sacaría bien de dinero, por si acaso. El, al fin y al cabo, es un señor y nosotras no somos de su clase.

MARI.—Tienes razón: yo no soy de su clase; pero cuando él me ha *conocío*, el que no era de mi clase era él, que entonces podía yo mirar a la luz del sol sin tener que entornar los ojos, y desde que estoy a su lado no ha tenido motivo alguno para avergonzarse de nada.

TIM.—Esta chica es *El Alma de Dios*.

LOLA.—¿Y por qué no te lleva al teatro y al paseo, cómo ha hecho con otras novias que ha tenido?

MARI.—Porque soy de una condición moral distinta que las otras novias.

HENRY.—Ya tú ves si será de otra clase, que ni se emborracha ni fuma.

LOLA.—Si lo dices por mí, te diré que en Cuba fuman hasta las marquesas.

MARI.—Puede que sea verdad. Pero ni en Cuba ni en Fernando Póo son como tú las marquesas.

LOLA. — ¿Me tienes manía? Siempre me contestas con retintín.

MARI.—¿Que te tengo manía? No te preocupes. Yo puede que te quisiera mal si trataras de enamorar a Guillermo, y de eso estoy tranquila, no por ti, sino por él.

LOLA.—Si no fuera, como soy, una buena amiga tuya, te daba un disgusto, que has de saber que no hablo con Guillermo porque ha dejao de ser marchoso. Pero está tranquila, que a más de que no es mi tipo, ahora está en tren de enamorarse como un burgués. A

mí me gustan los hombres cuanto más golfos, mejor.

TIMO.—Como me recuerda esta Lola a "Cabrita que tira al monte..."

HENRY.—*¡Qu'il horrer!*

MARI.—Pues, hija, a mí no me van los golfos ni vestidos de frac y calzón corto.

LOLA.—Valiente lila. No tiés idea de lo gracioso que es llegar a casa y encontrarte con una papeleta de empeño prendida con un alfiler en la cabecera de la cama.

HENRY. — ¿La papeleta clavada en un *epengle?* ¡Ah, delicioso!

MARI.—Sí que debe ser como para revolcarse de risa.

LOLA (*Separándose.*)—No te quepa duda. El amor en serio es más triste que el conserje de la necrópolis.

MARI (*Aparte.*)—¡Esta mujer!...

TIMO.—¿Qué te ocurre?...

MARI.—Nada...; son cosas mías. Vamos a sentarnos, (*Toman asiento a una mesa del primer término derecha.*)

TIMO.—¡Ay, hija, se puede decir de ti que eres *La señorita está loca.*

LOLA.—Oye, Henry, qué hay *der* figurín. que te encargué *antiyé?*

HENRY.—Te estoy haciendo una idealidad. Se trata de un corpiño de *fular* verde musgo, descotado hasta la cintura. Luego tiene una falda de liberty verde pradera que viene por encima de la rodilla...

LOLA.—Yo no llevo esa falda tan cortísima.

HENRY.—Y esa falda va sobre otra de crespón de esponja verde Mediterráneo que llega a los tobillos... Todo ello lleva una greca de libélulas verde camuesa.

TIMO.—Con ese traje ganas el premio en la fiesta del dios *Mono.*

HENRY.—Querrá usted decir Momo. ¡Qué señora más satírica. Es usted el *Juvenal* contemporáneo.

LOLA.—Lo que no me va es er descote dende la cintura.

HENRY.—Calla, tonta, si es un vestido muy siglo XVII.

LOLA.—Pues ya me avisarás cuando estoy de prueba. (*Se va a una de las mesas inmediatas.*)

PER.—¿Vienen ustedes del Real?

MARI.—No; hemos estado en Romea, porque a doña Timo le entusiasma la Imperio.

TIMO.—Es una artista que vale un Petisú.

MARI.—Un Potosí, doña Timo.

PER.—Pues esta noche hacían "El Barbero", que lo canta muy bien la Barrientos.

TIMO.—Ciertísimo; pero esa ópera no la puedo aguantar; la lucha de la tiple con la flauta me pone nerviosísima.

PER.—Prefiere usted a Wagner.

TIMO.—¡No, por Dios! Ese señor de *Guañer* me ha parecido siempre una medianería.

HENRY.—Creo que se dice medianía.

TIMO.—Es igual. Guañer y los conciertos sacrílegos no me van. ¡Donde esté la Imperio! ¿Verdad, Mari-Nieves?

MARI.—Para doña Timo no hay otra artista. Esta noche no la ha faltado más que tirarle el sombrero.

PER.—¿Quién trabaja en Romea?

TIMO.—Primero ha salido una *vedette* a transformación, con repertorio trágico lacrimógeno. (*Como si recitara.*), y nos cantó que tiene un novio torero, y que un toro le ha dado una cornada en el sarcófago, y está expuesto a la pulmonía neumática.

HENRY.—Habrán ustedes visto que todo es muy lacrimógeno, como dice doña Timo.

TIMO.—Después salió una bailarina, luego unos excéntricos y, por último, ¡Pastora! Canta un verso de Don Cavestany, de la Academia de la Lengua, con música, y está para comérsela. ¿Cómo se llama el verso, Timotea?... ¡Ah, sí! "El *por qué* de María Luisa."

MARI.—El parque de María Luisa, el de Sevilla.

HENRY (*Aparte.*)—Esta pobre señora no da una en su sitio.

TIMO.—Ahora que en lo que raya a gran altura es en la "Nieta de Carmen". (*Se levanta e imitando a la Imperio, a ser posible, canta.*)

"Tengo el corazón gitano",
(*Imitando el acompañamiento.*)
"trun lararara, lara trun lara,
tengo el alma trianera",
(*Imitándole.*)
"tranla", etc.

MARI.—Siéntese, por Dios, que la van a contratar como atracción.

TIMO. (*Sentándose.*) — Vaya una artista. Por algo ha cantado ante sus majestades y altezas reales, que Dios guarde, como dice "León *Voy*", en el *Heraldo.*

OFELIA.—Y usted, ¿cuándo estrena una comedia?

PER.—No sé; hace una temporada que no se me ocurre nada.

TIMO.—¿Por qué no escribe usted la "Malvaloca", que es una obra preciosa?

MARI.—¡Por Dios, doña Timo! ¡Porque ya está escrita!

TIMO. (*Con aire de inocencia.*)—¡Ah, ya!

LOLA. — Aunque sea mucha curiosidad. siempre estoy pa preguntárselo y nunca me acuerdo. ¿Por qué la llaman a usted doña Timo?

TIMO.—Porque es una abreviación de Timotea, que es mi *patronímico*; los amiguitos empezaron a llamarme doña Timo, y con él me quedé.

LOLA.—La verdá es que resulta feo doña Timo...

TIMO.—Pues mire usted que si me llamase doña Tea.

HENRY.—Oh, *qu'il horrer!* (*La bandurrista se aproxima a doña Timo con un plato en la mano.*)

BAND. — *Pur les artistes, madam. Quelque chos!*

TIMO.—Con mucho gusto, no faltaba más. Tenga. (*Le da una moneda que saca de un bolso.*)

BAND.—*Mersi, madam.* (*Sigue pasando por las demás mesas.*)

TIMO.—Qué satisfecha se queda una cuando hace un favor.

MARI.—¿Le habrá usted dado un duro?

TIMO.—No, hija; una peseta isabelina que no la podía pasar. ¿Y qué ha dado usted, señor de Henry?

HENRY.—La compañera.

TIMO.—Otra peseta anticuada.

HENRY.—No; la compañera de la madam: una perrita gorda. (*Se acerca un mozo a tomar recado.*)

MARI.—Ahora no quiero nada. ¿Y usted, doña Timo?

TIMO.—Como vengo un poco sofocada, que me saquen unos *empaderados*.

MARI.—Ya veo que tiene usted sed.

TIMO.—No lo puedo remediar; me perezco por los *empaderados*.

OFELIA.—Se dice emparedados, mamá.

TIMO. — Me es contraproducente, la cuestión es que me perezco. ¿Y tú qué quieres, niña?

OFELIA.—Ahora nada.

TIMO. (*Aparte a Ofelia, con aire autoritario.*)—Pide un bocadillo de lomo adobado, que me pirro por él.

OFELIA.—Tráigame un bocadillo de lomo.

TIMO.—Y que sea tierno, que el otro día era del *Buey Apio*.

CAMAR.—Y de beber, ¿qué quieren las señoras?

MARI.—Traiga a doña Timotea una copita de González Byass, porque se perece por él.

LOLA.—Ofelia, me estoy fijando en ti, y me parece que estás más dergá. ¿Has estao enferma?

HENRY.—La ha tenido su madre a régimen de cine.

TIMO.—Es usted una lengua *vespertina*. La he tenido malucha, en efecto; pero la mandó el médico que fuera a *hidrogenarse* a la Moncloa y unas inyecciones de *cocidilato*, y ya está mejor.

PER.—Ya las he visto a ustedes *hidrogenarse* en compañía de Luis Valtierra. ¿Es un nuevo pretendiente?

TIMO.—Quiere emparentar con nosotras, y eso que Manolo Bermúdez, que es un mala cabeza, trata de perjudicarnos, pues ha hecho correr un *canadá*.

TODOS.—¡Cómo!

TIMO.—Un *canadá*, sí; una noticia falsa.

HENRY.—¡Ah, ya! Un *canard*.

TIMO.—¿Qué más tiene? Y le ha dicho a todo el mundo que mi niña lo que quiere es casarse.

HENRY.—Menos mal que Luisito Valtierra es muy bueno y no hace caso de habladurías.

PER.—¿Y qué? ¿Tu futuro te ha hecho algún presente de valor?

OFELIA.—Me ha hecho unos regalitos.

TIMO.—Total, nada, por ahora: un corte de traje de garibaldina y media docena de *virolés*.

MARI.—Bibelots, doña Timo...

TIMO.—¿Qué más tiene?... Pues como decía, unos *virolés* y un perrito de esos con las lanas muy largas, que se llaman... (*Pensándolo brevemente.*) Se llaman *cuáis de Pomelarania*.

OFELIA.—¡Mamá! Se dice lulús.

PERICO.—Yo creí que Valtierra se habría arrancado con un collar de Ansorena.

TIMO.—¡Ay, señor de Cifuentes! Usted sabrá, por poco cazador o disecador que sea, que no hay mirlos blancos.

DIEGO.—¡Ofelia, Ofelia!

TIMO.—Niña, que te llama Diego.

OFELIA.—Voy. (*Levantándose.*)

TIMO. (*A Ofelia, confidencialmente.*)—Si mandan sacar langostinos, me avisas, ya sabes que me acongojo por los langostinos.

(Ofelia cruza la escena y va a la mesa de Diego y compañía. Henry se acerca allí también.)

DIEGO.—Hola, Ofelia. Siéntate y toma una copita de Champagne. Y usted, mesié Henry, pida lo que quiera.

DIEGO.—Lolita, Cifuentes, ¿aceptan ustedes una copita de Champagne?

PER.—Con mucho gusto. *(Se levanta y se traslada a la mesa de Diego. Se levanta también Lola.)*

DIEGO *(A doña Timo y Mari Nieves.)*—¿Y ustedes no quieren?

MARI.—No; muchas gracias.

TIMO. — ¡Qué lástima de copa que me pierdo!

LOLA *(De pie, como para irse a la mesa de Diego.)*—¿De verdá no queréis ustedes una copita?... Pos dejarlo. Y tú alégrate un poco, que estás más triste que una saeta.

MARI.—Cuando se quiere como yo quiero a Guillermo, no tiene nada de extraño. Ya sabes que su querer me ha costado muchas lágrimas, y el llanto es el bautismo del amor.

LOLA.—Y er primer guantaso que te da er novio, la confirmasión. *(Vase a la mesa de Diego.)*

TIMO.—A ésta la han confirmado varias veces de seguro.

MARI.—Cuánto tarda Guillermo.

TIMO.—Ya sabes que ha estado en el Real con su familia, y a la salida, como es gente bien, habrán ido a tomarse un *fiveoclecon teas*.

MARI.—Yo no sé si habrá ido a tomarse ese camelo que usted ha dicho; lo que sé positivamente es que Guillermo ha cambiado un poco para mí, y su familia por un lado y esa mujer que está ahí, "la Marchosa", por otro, se traen unos manejos...

TIMO.—Aprensiones tuyas. Ya sabes que Guillermo es el niño mimado de su familia, y "la Marchosa", como dicen en no sé qué drama, la dona es automóvile, pero incapaz de nada malo.

MARI.—Muy buena, ya lo creo, como que por mi Guillermo sería capaz de quedarse sin camisa.

TIMO.—Estás punzante y zahiriente a la par.

MARI.—No ve usted que las mujeres enamoradas adivinamos lo que otra pretende antes de que ella lo piense.

TIMO.—Lapidaria, hija, lapidaria. Si coge la frase el señor de Cifuentes, la saca en una comedia.

MARI.—Mire usted, cuando pienso que puedo quedarme sin mi Guillermo... *(Se pone de pie.)*, soy capaz de coger a esa mujer y ondularla el pelo con un paraguas!

TIMO. *(Sujetándola.)*—Siéntate, tranquilízate, que eres doña María la Brava. *(Aparte.)* Esta me estropea la cena de última hora.

MARI. — Muchas veces pienso si no me querrá. ¿Por qué ese afán de exhibirme? Con lo feliz que sería yo en mi casita, sin que me viera nadie.

TIMO.—Hoy estás con el *eslipin*.

MARI.—¿Y eso qué es?

TIMO.—Una palabra inglesa que no sé lo que significa, pero que se aplica a las personas como tú.

MARI.—¡Ah!, ya, el esplín.

ESCENA IV

DICHOS *y* OLMEDO

OLM. *(Entra y se va a la mesa de la Platónica y Paquita.)*—Perdonarme, hija, si he tardado.

PLAT.—¿Pero tú aquí otra vez?

OLM.—En cuanto he dejado al chico en el portal de casa, y más suave que un guante.

PLAT.—Miren el solterito.

OLM.—No te preocupes de esas pequeñeces.

PLAT.—Te voy a presentar a la que iba a ser tu nuera, un ratito por lo menos.

OLM.—Hija, dispensa que te haya dejado compuesta y sin novio; pero estos matrimonios por horas de los hijos, le cuestan muy caros a los padres. No te apures, que yo te indemnizaré. *(Da dos palmadas, se acerca el camarero, y vuelve a poco con lo pedido.)*

HENRY. *(A Mari-Nieves.)*—¡Mari-Nieves! ¿Pone usted un duro para hacer una *baquita*, y nos la jugamos arriba y sacamos para una cena opípara?

MARI.—Tome usted.

HENRY.—¿Y usted que pone, doña Timo?

TIMO.—El apetito.

HENRY. *(Se levantan Henry, Ofelia, Diego y la Esmeraldina.)*—¿Vamos, Mari-Nieves?

MARI.—Espero a Guillermo.

HENRY.—Ya le dirán dónde está usted.

LOLA.—Y que de Henry no tendrá celos.

TIMO. (*Al mutis.*)—Qué cabeza más compuesta lleva la Platónica.

HENRY. (*Casi al mutis.*)—Las mujeres se componen la cabeza por fuera, porque la llevan descompuesta por dentro. (*Vanse los personajes citados.*)

ESCENA V

Los personajes que han quedado en escena, GUILLERMO, PACO MORALEDA, *de frac, entran, y un criado empieza a quitarles los gabanes.*

PER. (*Se levanta y se dirige a saludar a los recién llegados.*)—Hola, Guillermo. Hola, perdido. (*A Moraleda.*) ¿Dónde has estado estos días?

MORAL.—En el *tentacro* de Miura, ya sabes que tengo una *afisión* loca.

GUILL.—Como que si no fuera por temor a que lo desheredara su padre, se hacía fenómeno.

MORAL.—La has dao en too lo arto.

PER.—Habrás toreado un poco.

MORAL.—Me he *jinchao.*

GUILL. (*Haciendo ademán de que el bicho le ha tirado al alto.*)—¡Y ha rayao a gran altura! ¿Verdad, Paco?

MORAL.—Chipén. He querido imitar el estilo de Terremoto (*Accionándolo*), y me he convencío de que las verónicas de Bermonte son er sementerio de muchos novilleros.

GUILL.—Bueno, a mí me han dicho que Miura tiene unos burros que embisten, cocean y muerden. (*Se ríen los otros dos.*)

MORAL.—Pos no te han engañao.

PER.—Como no te he visto estos días, creí que estarías metido en el Dansin.

MORAL.—Ar Dansin no van más que gorfos.

PER.—Y tú, ¿cómo lo sabes?

GUILL.—Porque se ha pasado la vida allí metido.

MORAL.—Y tú, ¿has terminado alguna obra nueva?

PER.—Llevo una temporada de vago; tengo que acabar un tomo de poesías que le voy a dedicar a don José Sánchez del Olmo.

GUILL.—¿Quién? El millonario ese que tiene una mujer con un corazón que parece un mechero? Tiene fuego para todos los fumadores.

PER.—El mismo. Por cierto que le voy a poner en la dedicatoria... Al conocido hombre político...

GUILL. (*Cortándole la palabra.*)—Dedícaselo a su señora, que te agradecerá más la atención. (*Durante el diálogo anterior, Lola, la Marchosa, habrá abandonado la mesa en que estaba, y habrá tomado asiento en una del primer término izquierda.*)

LOLA.—Perdonar si os interrumpo. (*Con un cigarrillo en la mano.*) ¿Me dais una serilla?

GUILL.—Hola, Lolita.

MORAL.—Toma (*Le da una cerilla.*)—¿Sigues de banderillero ambulante?

LOLA.—¿Por qué me *dise* eso?

MORAL.—Te pregunto si has encontrao ya *mataor* fijo.

LOLA.—Qué mal *ange* tienes.

GUILL.—¿Has visto a Mari-Nieves?

LOLA.—Hase un ratito se fué pa arriba con un hombre.

GUILL.—¡Cómo!

PER.—No la hagas caso. Está con Henry el modisto.

GUILL.—¡Ah, ya!

PER.—Doña Timo y la niña.

MORAL. (*A Perico.*) Esa es (*Por la Marchosa.*) una cruzá de Miura y Palha. Pero la otra es pegajosilla y postinera. Ten cuidao con las dos.

GUILL.—Quizá tengas razón, posible es que Mari desbarate mi vida, pero la quiero. ¿Por qué? Lo ignoro. Sólo sé deciros que su voz hace vibrar todo mi ser; es tan dulce su acento; tienen una luz tan suave sus ojos; sin querer, esa mujer se ha adueñado de mi voluntad. Más bien parece que posea un don sobrenatural, que ejerce sobre mí una influencia secreta y misteriosa que yo solo comprendo, y a la que no tengo otro remedio que obedecer... Bueno, vámonos arriba...

LOLA.—¿Adónde vas, Guillermo?

GUILL.—A buscar a Mari-Nieves.

LOLA.—Espera un momento, quiero hablar contigo.

MORAL.—Dejarle solo. (*A Guillermo.*) Er pase de tanteo con la mano derecha y faena de aliño, ¿sabe? (*A Perico.*) Vamo a ver er ganao nuevo. (*Se dirigen a una mesa, saludan a las muchachas que haya, y toman asiento.*)

LOLA.—Siéntate, hombre, siéntate, que aunque *sarga* tu queré no regañaréis. (*Se*

sienta. A Guillermo.) Camará qué cara se *t'ha* puesto.

GUILL.—Como me gastaste la chufla del modisto.

LOLA.—Tranquilízate por ahora. Y es que los enamoraos como tú creen todo lo que temen.

GUILL.—Y te figuras que yo temo...

LOLA.—Eso se te sale por los poros *der scntío*. En tratándose de Mari-Nieves, eres más cobarde que *er mieo*, y crees, y crees mu bien, que er mejó día te traspasa por mejora de local.

GUILL.—Estás completamente loca, Mari-Nieves no hace eso, he sido su primer amor...

LOLA.—*Er* primer amor, no es nunca *er últime*.

GUILL.—Te quieres callar...

LOLA.—No, porque estoy *enrenená*...

GUILL.—Te habrás mordido la lengua...

LOLA. (*Muy rabiosa.*)—No, pero he bebío una vez en la misma copa que tu Mari-Nieves...

GUILL.—Eres buena cerilla, ardes pronto. (*Muy calmoso.*)

LOLA.—Y tú un mal cigarro, te apagas *enseguía*.

GUILL.—Lola, hablemos claro; yo he notado que hace tiempo andas recelosa y escarbando la arena, como te diría Paco Moraleda. ¿Qué te ha hecho Mari-Nieves?

LOLA.—Vaya, te voy a hablar con franqueza. Esa mujer me ha hecho mucho mal. Cuando íbas a ser mi Guillermo se puso en mi camino, y me lo *esbaratá to*.

GUILL.—No sabes lo que dices.

LOLA.—Te advierto que no ignoro na. Sé que tus padres hasen too lo posible por quitarte a esa mujer de la cabesa, porque pué ser tu ruina.

GUILL.—Vamos, tú crees que mis padres aplaudirían que yo dejase a Mari-Nieves, y me pusiera en relaciones con una cualquiera.

LOLA.—Lo primero, sí; y a lo otro harían la vista gorda, porque comprenderán que un muchacho como tú necesita una miajilla de entretenimiento.

GUILL.—¿Y por qué les ha de parecer bien una cualquiera, y no Mari-Nieves?

LOLA.—Cuidao que sois torpes los hombres. Mari-Nieves no pué ser de su agrado, porque ha sío una criada en tu case, y además que presume de quererte, y esto, es lo más peor, porque tus padres puen creer que eres capaz de casarte con ella.

GUILL.—Es cierto lo que dices; mis padres y mis hermanas y hasta mis amigos, me están predicando siempre lo mismo, que la deje... ¡Me ha costado más disgústos!

LOLA.—Y los que te tiene que costar.

GUILL.—¿Pero tú qué sabes?

LOLA.—Mucho más de lo que tú te figuras.

GUILL.—Habladurías; yo no puedo dejarla porque la quiero.

LOLA.—Eso es una cosa que te crees tú.

GUILL.—Y porque ella me quiere a mí...

LOLA.—Eso es otra cosa que se cree ella.

GUILL.—Ahí te engañas; Mari-Nieves no quiere más que estar en su casita siempre y tenerme a su lado. Estas fiestas la molestan, va al teatro por si me vé.

LOLA.—Quiere lo que no tiene. Prueba a encerrarla en casa y pasar la vida a su lado, verás los escándalos que te arma: que no ha nacío pa monja, que se ahoga sin ver *er só*, ¡que si eres un *inquisior!* Aunque tú me has *despresiao* por ella, yo te quiero bien, sin interés ninguno, yo me doy por satisfecha con verte feliz, y con Mari-Nieves no puedes serlo, me consta.

GUILL.—Pero, ¿cómo voy a terminar con Mari-Nieves?

LOLA.—*Mu fásirmente*, hijo. Pa acabar con una mujer, no hay más que escribirla una carta disiéndola. "Me he enterao de too", y no falla.

GUILL. (*Más nervioso que antes.*)—¡Pero tú crees que Mari-Nieves!... Dame una prueba de ello.

LOLA.—Cálmate ahora, que tendrás la prueba.

GUILL. (*Aparte.*)—¡La prueba! ¡No, no puede ser! Yo me convenceré...

LOLA.—Supongo que no me guardarás rencor.

GUILL.—¿Yo?... ¿Por qué?...

LOLA.—Entonces, tan amigos. (*Dándole la mano.*)

GUILL.—Tan amigos.

LOLA.—Y acuérdate de que yo te quiero bien, y no *orvíes* que nadie áborrece como una mujer. Dame fuego. (*Guillermo tiene la cerilla, y ella le coge la mano y enciende, tardando mucho y mirándole a los ojos.*)

ESCENA VI

DICHOS *y un* BOTONES

BOTO. (*Entra y mira por las mesas.*)—¡Don José Olmedo! ¡Don José Olmedo!

OLM. (*Sisca al Botones.*)—Yo soy.

BOTO.—De parte de una señora que se llama doña Manuela Garríguez, que le espera a usted en un coche junto a la Equitativa.

OLM.—¡Mi mujer!

BOTO.—Y que si no sale usted en seguida, que entra ella.

OLM. (*Poniéndose de pie.*)—Eso es una venganza del canalla de mi hijo. Pues un par de años en el Correccional de Santa Rita, no se los quita nadie. Perdonadme, que volveré otro día.

PLAT.—Cuando enviudes, ¿no? (*Se va Olmedo.*)

OLM. (*Al mutis.*)—¡Maldito chico!

PAQ.—Ves, los hombres casados no traen más que compromisos.

PLAT.—Pero como no lo llevan en la cara.

ESCENA VII

DICHOS *y* PEPE

PEPE. (*Entra como un rayo, y se va a la mesa de Paquita.*)—Anda, nena, vámonos en seguida.

PAQ.—Buena se la has jugado a tu padre.

PEPE.—Sí; ha sido una martingala para que me dejara el campo libre. Vámonos, no vuelva. (*Se van.*)

PAQ. (*A la Platónica.*)—Hasta mañana.

ESCENA VIII

DICHOS, DOÑA TIMO, MARI-NIEVES, OFELIA, DIEGO *y la* ESMERALDINA. *Se presentan los personajes mencionados por donde hicieron mutis, y se quedan contemplando a* GUILLERMO *y* LOLA, *que aún están muy juntos.*

HENRY.—Si llego a poner a la contraria desbanco.

MARI. (*A doña Timo.*)—Lo ve usted cómo tenía yo razón. Esa mujer no me ha dado nunca buena espina.

TIMO.—No seas prespicaz.

MARI. (*Adelantándose.*)—Ya veo la prisa que te dás a buscarme.

GUILL.—Acabo de llegar. Hola, doña Timo.

LOLA.—No le riñas, que le entretenío yo un momentiyo pa pedir una *recomendasión*.

MARI.—Y te la ha dado.

LOLA.—Me la ha prometío.

GUILL.—Estas me dan la noche.

LOLA.—¿Vais a cenar aquí?

GUILL.—Sí. Doña Timo, ¿se va usted a quedar con nosotros?

TIMO.—Se pone usted tan pesado, que no tengo más remedio que aceptar.

GUILL.—Vamos a sentarnos.

MARI.—¿Se ha convencío usted de lo que yo le digo? Esa mujer me va a traer un disgusto.

TIMO.—Despréciala *olimpiádicamente*.

MARI.—Pero usted no vé que se come a Guillermo con los ojos.

HENRY.—Es que hay miradas que dicen: Se alquila.

TIM.—¡Moraleda, un momento! (*Se acerca Moraleda.*) Te voy a presentar a mi hija. (*A Ofelia.*) El señor de Moraleda, el Belmonte de los jóvenes acróbatas.

MORAL.—Aristócratas, doña Timo.

OFELIA.—Tanto gusto de conocerle. ¿La familia buena? Yo, buena, gracias.

MORAL. (*A doña Timo.*)—¿De dónde ha sacado usted esta birria?

TIM.—Es que se ha marchado su madre al Uruguay, y yo la he *adaptado*. La pobre me la entregó con una faldita de percal y unas botas de *eclesiásticos*.

MORAL.—Otra vez diga usted clásticos. (*A Ofelia.*) Tanto gusto, niña, y mandar. (*Se va a la mesa que ocupaba.*)

LOLA.—Guillermo, ¿vas a bailar con Mari-Nieves el tango?

GUILL.—No sé si querrá.

MARI.—Esta noche no quiero, me duele mucho la cabeza.

LOLA.—Entonses, con lisensia de tu amor, me consede er tango, porque tangues como er Duque der Gaby.

GUILL. (*Un poco atarugado.*)—Qué exageradas eres. ¿Verdad, Mari-Nieves?

MARI.—Dice la verdad. Tienes las grandes condiciones para bailarín.

TIMO.—Estas ironías terminan en que me dejan sin cenar.

LOLA.—Me voy al tocaor un momento a rasgarme los ojos.

HENRY.—Sí, hija, sí, *rasguéatelos*, porque esta noche te has traído los de diario.

LOLA. (*A Mari-Nieves.*)—¿Me dejas er lapi negro?

MARI.—Yo no me los pinto nunca.

LOLA. (*Con retintín.*)—Que sea enhorabuena. (*A doña Timo.*) ¿Usted tampoco tendrá lápiz, doña Timo?

TIMO.—Yo me los dibujo en casa con una estilográfica.

LOLA.—Pues yo encuentro un lápiz... (*Medio mutis. A Guillermo.*) Que no te perdono el tango, guasarapa. (*Mutis.*)

TIMO.—Cómo me recuerda esta Lola la famosa obra de Bretón de los Herreros *La Dolores.*

HENRY.—Por el nombre, ¿verdad?

TIMO.—No, señor.

HENRY.—¿Por la copla?

TIM.—Sí, señor.

HENRY.—Aquel verso que dice:

Es una chica muy guapa.

TIM.—No, señor.

HENRY.—¡Ah, ya!...

TIM.—Sí, señor. (*Da dos palmadas Guillermo.*)

MARI.—¿Para qué llamas?

GUILL.—Para encargar al camarero la cena.

MARI.—La cena ya me la has dado esta noche.

GUILL.—¿Qué te ocurre para que te pongas así?

MARI.—¿Crees que estoy ciega?

GUILL.—Ah, vamos, te has molestado por las tonterías de Lola.

CAMAR.—¿Qué desea el señor?

GUILL. (*A doña Timo.*)—Doña Timo, ¿usted qué prefiere, champagne, licores, o un refresco?

TIMO.—¡Yo, cenar!

GUILL.—Dile al jefe que prepare una mesita para seis y que haga el *menú*. (*Mutis Camarero.*)

MARI.—Que no se moleste, porque yo me voy ahora mismo a casa. Acompáñame, si quieres, y luego vuelves a bailar con esa loca, hasta que te caigas sentado.

GUILL.—Es que me vas a hacer ahora una escenita de celos... ¿Quieres empezar a sacar los pies de las alforjas?

MARI.—Me sobra la razón por la punta de los pelos, ¿verdad? (*A doña Timo.*)

TIMO.—Lo que tienes que hacer es no disgustarte antes de cenar.

MARI.—¡Si es que llueve sobre mojado!

GUILL.—Se te figuran los dedos huéspedes.

MARI.—Entonces me vas a hacer un favor, no bailar con Lola.

GUILL.—Como no tiene nada de particular, y no quiero hacer el ridículo, bailaré una vez nada más, y cállate ya, que no me conviene que se entere la gente, porque es lo único que me faltaba.

MARI.—Pues si bailas con Lola me voy..., y no te digo...

GUILL.—Imposiciones, no... Vete...

TIMO.—¡Ay, mi cena! (*Aparte.*)

GUILL.—Vengo observando que hace unos días no eres la misma para mí, y te advierto que no estoy dispuesto a seguir por ese camino. ¡Pues valiente noche me espera!

MARI.—No te sulfures, que por mí no quiero que te disgustes. (*Con gran energía y poniéndose de pie.*) Ya vas a quedar tranquilo. Acompáñeme usted, doña Timo.

TIMO. (*Poniéndose de pie.*)—La cena se fué a baños.

HENRY. (*A Mari-Nieves.*)—Tenga usted calma y contemporice.

GUILL.—No sabes lo que dices, así es que lo mejor es que se la lleve usted, porque esta mujer es mi tormento. En mi casa me traen loco mis padres y mis hermanos, porque saben que hablo con ella. (*Mientras dice esto Guillermo, Mari-Nieves hace cisco un pañuelo de encaje de Nipis.*) Entro en su casa anochecido, como un conspirador de melodrama, estuve a punto de reñir con mi familia por ella, y aún me viene a amargar la vida... ¡Maldita sea!... (*A Mari.*) ¿Te has quedado muda?

MARI.—Sorda debiera haberme quedado por no oír las atrocidades que has dicho. Pero ya vas a ser feliz, ya puede estar tranquila tu familia. (*Al Camarero.*) Mi gabán; ¡vámonos, doña Timo!

ESCENA IX

DICHOS *y* LOLA

LOLA.—¿Te vas, Mari-Nieves?

HENRY.—La otra. ¡Baccarrat!

MARI. (*Muy descompuesta.*)—Sí.

LOLA.—¿Qué bicho te ha picado?

MARI.—No sé cómo se llama, pero es muy venenoso. (*Mirándola fijamente.*)

HENRY.—Completamente versallesco.

TIMO.—Estoy oyendo *Las bravías*. (*El camarero le pone el gabán a Mari-Nieves y a doña Timo.*)

LOLA. (*A Guillermo.*)—¿Te vas tú también?

GUILL.—Te he dado palabra de bailar contigo.

LOLA. (*Aparte.*)—¡Por fin!

MARI. (*Conteniendo el llanto.*)—¡Y se queda con ella! Vamos...

TIMO.—Esto me recuerda *Los pícaros celos*. (*A Ofelia.*) Niña, espérame hasta la vuelta y guárdame un poco de pollo, sea cómo sea, porque yo me derrito por el pollo. (*Ataca el sexteto un vals u otro baile; Guillermo empieza a bailar con Lola, otros muchachos con las chicas, y todos tocan las carracas en medio de la mayor alegría.*)

MARI.—Ese hombre será mi desgracia.

GUILL.—Esa mujer será mi perdición. (*Al llegar a la puerta, Mari-Nieves se vuelve y contempla el cuadro.*)

MARI. (*A doña Timo.*)—¿Pero no vé usted cómo se ríen?

TIMO.—¿Quieres que canten el gorigori?

MARI.—Pues de mí no se ríen. (*Se va a ellos como una flecha, y le arrea un tortazo a Lola. Para la música, y se produce la confusión natural.*)

LOLA. (*Forcejeando con Guillermo, que la sujeta.*)—¡Déjame!

GUILL.—¿Qué vas a hacer, loca?

LOLA.—Señalarle la cara a esa marchosa.

HENRY.—¡Qu'il horrer!

GUILL.—Eso, no. Anda, vámonos arriba. (*Se la lleva a la fuerza.*)

MARI. (*Se ha sentado en una silla y ha roto a llorar.*)

HENRY.—¡Qué hombres, Dios mío, qué hombres! (*Como consolando a Mari-Nieves.*)

TIMO. (*Que está con ella también.*)—¡Ay, Mari! Me parece que en Flandes se ha puesto el sol. (*Comienza a tocar la música, y las parejas bailan.*)

TELÓN

ACTO SEGUNDO

La escena representa la «saleta» de pruebas del modisto Henry. Ocupando casi todo el frente del foro un ventanal con vidriera artística en la que se destacan pájaros de múltiples colores. Tras el ventanal, forillo de jardín. En las paredes cuadros, un reloj artístico y antiguo, un par de odres de cobre, una Tanagra. Vitrina con abanicos, camafeos, etc. Chaisse-longue cubierta con una piel de tigre, oso de Bengala o jaguar. Dos biombos chiquitos, decorados con alegorías chinas, mesita japonesa: Sobre ella periódicos, figurines y tan-tan. En uno de los ángulos tarima, a ser posible redonda, giratoria. Un gran farol cae al centro de la escena. En arrojes y en topes grandes cornucopias con su instalación de luz. Telas, terciopelos y brocados. Puertas laterales derecha e izquierda; mucho lujo, mucha modernidad, buen gusto y algo de ultraísmo. Al levantarse el telón está la escena totalmente a obscuras.

ESCENA PRIMERA

Pequeña pausa. Por la lateral derecha aparece HENRY, *con pijama, sandalias, destocado y con un corazón de terciopelo sobre el lado izquierdo del pecho. Va hacia el ventanal, descorre las grandes cortinas y se ilumina la escena con un sol de mayo, a las dos de la tarde. A seguido pone sobre la tarima un maniquí, y mientras tararea o silba un aire popular, lo viste. Una vez vestido lo mira de lejos, se pone contento y hace mutis por donde salió. A poco dos* OFICIALAS, *y luego* HENRY

MOD. 2.ª (*Mirando el maniquí.*)—Está primoroso. No hay un modisto como él en todo el mundo.

MOD. 1.ª—Tiene unas manos de plata.

MOD. 2.ª—Comprendo que enloquezca a las mujeres. El día que yo me decida, ¡porque yo me decido!, me voy a hacer unas *modes robes* y unos *manteaux*, que sonríete de la Venus de las Pieles.

HENRY. (*Saliendo.*)—En cuanto pegais la hebra... (*Se asustan cómicamente las dos.*) Tú, Cipri, dile a la *madam* que no descuide el túnico epitalámico y que no escatime el azahar al bordar la greca, que es para una viuda, digo, para una boda de postín. Oye, Cipri, te voy a decir una cosa desagradable. (*Una chica coge un maniquí y la otra unas telas y un figurín.*) Ya sabes que me cuesta un sofoco reñirte, pero...

MOD. 2.ª—Me asusta usted, maestro.

HENRY.—¿Que te asustas? ¡Habrá humorista! Lo que tengo que decirte, es que estás perdiendo la línea, el tipo, el chic. Y tú verás si te conviene seguir de maniquí o agujerear dedales.

MOD. 2.ª—¿Y cómo lo voy a remediar? (*Muy ruborosa.*)

HENRY. (*Remedándola.*)—Tomando té en vez de ir a Niza los domingos.

MOD. 2.ª—Le han engañado a usted: yo no he ido nunca ni sé lo que es Niza.

HENRY.—Pues yo sí lo sé, porque he ido muchas veces como tú, y el domingo te he visto bailando con un dependiente de casa Rafael Sánchez.

MOD. 2.ª—Perdóneme usted maestro, y no se lo diga a mi madre. Es mi novio, y quiere casarse.

HENRY.—¿Y vais a Niza a arreglar los papeles? ¿Cuántas amonestaciones te faltan, postinera?...

MOD. 2.ª—Le aseguro a usted que ésta será la primera y la última, y sepa usted que él tiene la culpa de que nos haya usted visto, que bien de veces le he dicho que se está más resguardado en casa de Camorra.

HENRY.—¡Qué juventud! Mírate en ese espejo, Mañolita.

Mod. 1.ª (*Con cara de boba.*) —Ya sabe usted, maestro, que yo voy los domingos a la doctrina.

Mod. 2.ª—¿Quiere usted algo?

Henry.—Que abandones la costa azul, y no olvides que el amor es un juego de azar, en el que el hombre es el banquero y la mujer la que apunta. Hay que hacer muchas posturas para acertar una, y aún así se pierde.

Mod. 2.ª—Pero alguna vez se gana.

Henry.—Mucho peor, porque el que gana vuelve.

Mod. 2.ª—También dependerá del juego.

Henry.—Es igual, si el banquero, lo mismo en el juego que en el amor tira al baccarrat, te abatirá siempre con ocho o con nueve. Si talla al 30 y 40, te tirará la 31, y si juega a la ruleta, la mujer es la bolita, que ciega, sin prisa, va buscando su número, y como acierte el pleno ¡ya está lista! ¡Conque ojo!

Mod. 1.ª (*A la segunda y muy chula.*)—Pero mira que eres lilarengui. ¿Te convences cómo es mejor el cine? (*Mutis.*)

ESCENA II

Una Doncella, Mari, *y a poco* Doña Timo *y* Lolita

Doncella.—Doña Timo, que si puede pasar.

Henry (*Dice que sí con la cabeza.*)—Doña Timo es de casa.

Timo. (*Entrando.*)—Señor de Henry, buenas tardes.

Henry.—Mi señora doña Timo, siempre a sus pies.

Timo.—Beso a usted las manos, y tengo el placer de presentarle a mi hija.

Henry.—(Es la segunda de este mes, y estamos a nueve.)

Timo.—Lolita. (*Presentando.*) Mesié de Henry, el mejor modisto parisino. Está tan solicitado por las señoras y trabaja de tal modo, que yo le llamo *El capricho de las damas y El arte de ser bonita*.

Henry.—Y yo a su mamá de usted le digo *La Celestina*. (*A doña Timo.*) ¡Qué morenita está la niña!

Timo.—Es que se lava con una pomada de [illegible] *Pomada y jabón*, para ponerse al rostro oscurito, que es el último graznido de lo chic.

Henry.—¿Tienes novio?

Lol.—Un chico que trabaja en el alambre.

Henry.—¿Es funámbulo?

Timo. — Es jaulero. (*A Henry.*) Quisiera hablarle reservadamente. (*Henry toca el tan tan, y surge la Maniquín.*)

ESCENA III

Dichos *y la* Maniquín

Manfq.—¿Llamaba usted, maestro?

Timo.—¡Qué susto me he llevado! Tocar ese caldero y aparecer la joven ha sido cosa de magia. Parece de *La Pata de Cabra*.

Henry (*Riendo.*)—Vaya con la señorita al taller y que la enseñen las telas de otoño. Que se fije en unas muy siglo diez y ocho. (*Mutis la Maniquín y Lolita.*) ¿Qué tenía usted que decirme?

Timo.—Le suplico el secreto.

Henry.—Soy la discreción en figura de sastre.

Timo.—¿No sabe usted la gran noticia? Que Mari-Nieves ha llegado a Madrid ayer.

Henry.—Después de seis meses de ausencia en un pueblo?

Timo.—Cabalito. Me mandó anoche un recado convidándome a cenar en la Ciudad Lineal, y me lo ha contado todo. Ha tenido un niño de Guillermo.

Henry.—¿De Guillermo?

Timo.—Claro que no iba a ser de usted. Y es un *autorretrato* de su padre.

Henry.—¿Y qué piensa hacer? ¿Llevar el crío a la abuela, usar el vitriolo, los gases asfixiantes o entrar en las Arrepentidas?

Timo. — ¡Quiá! ¡Achantarse. Mari-Nieves que antes era *El genio alegre* y que si nace en la Edad Media sale en aleluyas, como *Romero* y Julieta, pensaba meterse en un baño y abrirse las venas, como dicen que hizo la Cleo de Merode.

Henry.—Creo que fué madame Juana la Loca. *¡Qu'il horreur!*

Timo.—Pero yo, que tengo una imaginación *balcónica*, cavilé en el acto una cosa que le leído yo en una obra *antigüísima* que le

dicen *El desdén con el desdén*, y que la escribió un tal Morote.

HENRY.—Ya comprendo. La dijo usted a ella que tontease con cualquiera para meter en celos a Guillermo y atraerlo.

TIMO.—Usted es uno de esos que adivinan, y que llevan un blusón y cucurucho en la cabeza...; ¿cómo se llaman?... ¡Ah, sí, un pirotécnico! Mari me hizo caso, y en cuanto llegó el propio Guillermo, acompañao, como siempre, de Lola, "la Marchosa", empezó a ponerle buena cara a don Lorenzo, que es un hombre muy rico y cuaternario.

HENRY.—¿El qué?

TIMO.—Que pasa de los cuarenta. A Guillermo yo le hice notar lo que había.

HENRY.—¿Y qué ocurrió?

TIMO.—Que se volvió loco.

HENRY.—¿Al saber que era padre?

TIMO.—Al viceversa: no le dije na, porque ella me lo encargó, y mucho; no sé qué combina se traerá. Si viera usted qué mirada les echó. Y ahora es cuando empiezo yo a temblar, pues me veo complicada en un crimen pasional, mi casa llena de gacetilleros y dialogando con ese señor tan gordo, tan simpático, que se llama Gullón.

HENRY.—¿No dice usted que habían acabado para siempre?

TIMO.—Escuche: nos fuímos en el auto de don Lorenzo, que lo puso a nuestra disposición, y era tan tarde, que vimos salir a *Febeo* en el puente de las Ventas. Yo dejé a Mari en su casa, y a poco me dejaba a mí el *fotingo* en la mía, que es muy de usted.

HENRY.—*Mersi, bocá.*

TIMO.—Por cierto que Mari me dió dos duros para el chófer, y yo, ¡qué cabeza la mía!, le di equivocadamente dos pesetas.

HENRY.—Pero...

TIMO.—Viene a cuento. Aún no había podido coger a *Orfeo*...

HENRY.—Con eme.

TIMO.—Bueno; aún no había podido coger a *Orfeom* cuando dieron tal tirón de la campanilla, que entodavía no hemos encontrado el badajo.

HENRY.—¡Oh, qué susto!

TIMO.—Me tiré de la cama, eché sobre mis hombros un manferland que se dejó en casa un periodista condiscípulo de mi primer marido, y más que fría frigorífica abrí la puerta. ¿Quién cree usted que llamaba?

HENRY.—¿El trapero?

TIMO.—¡Guillermo, ¡Guillermo! que se precipitó en el interior de mi nido, y al convencerse de que allí no estaba Mari-Nieves, desapareció sin decir nada.

HENRY.—¿Y qué es lo que la alarma?

TIMO.—Que yo propuse a Mari-Nieves que tontease con don Lorenzo; que yo dije a don Lorenzo que Mari-Nieves estaba por él, y que yo, pobre de mí!, advertí, con la mejor intención del mundo, a Guillermo que don Lorenzo y Mari se entendían...

HENRY.—Es verdad que la situación es *tres* horrible.

TIMO.—Para los tres, sí, señor. Se olfatea la tragedia.

HENRY.—¿Mari-Nieves qué ha decidido?

TIMO.—Abandonar este mundo.

HENRY.—¿Suicidarse?

TIMO.—No, no; irse con su hijo a una de las numerosas Américas que hay no sé si aquende o allende. Luego ha dicho que vendrá a ver a usted; pero usted hágase el ignorante de lo del niño. Y ahora voy en busca de mi hija.

HENRY.—Quédese usted. Va usted a presenciar cómo modelo el alma de mis modelos. (*Toca el tan tan, y doña Timo se asusta cómicamente.*)

TIMO.—Se comprende que cobre usted mil pesetas por un salto de cama; es usted el AS y llegará usted a ser "La princesa de los dólares".

DONC.—¡Señor!

HENRY.—Es la hora de clase.

TIMO.—Oiga, adolescente; cuando llegue Mari-Nieves que pase. (*Mutis chica.*) ¿Y qué les enseña usted a las muchachas? ¿A vestirse y a desnudarse?

HENRY.—¿Usted cree que van a cantar "La pulga"? Les enseño su oficio. En los modelos tiene tanta importancia el arte del modisto como el gesto, la actitud y la gracia picardihuelesca. La guerra nos ha traído muchas enseñanzas.

TIMO.—¡Qué gran artista! Me voy a poner en las tarjetas que soy amiga de usted. (*Entran cuatro, seis, ocho modelos, con otros tantos trajes asombrosos. Si puede ser, que los facilite un "modes robes" de la localidad, que a más dará algún dinero por el reclamo, con lo que no vamos perdiendo nada.*)

MOD. 2.ª—¿Se puede, maestro?

HENRY.—*Avan, mes petit poupes*; hoy daremos clase de coqueterías, que no quiero yo que os paséis la vida en mi estudio (*Muy romántico y muy sentimental.*) agostándose,

marchitándoos como la roja y frágil amapolita, expuesta siempre a la traidora hoz o a los embates del huracán.

TIMO.—¡Qué hombre! Me tiene usted que dar un retrato.

HENRY.—¿Postal, salón o visita?

TIMO.—Es para hacerme una miniatura y llevarlo siempre aquí, en un *parpatus*.

HENRY.—¡Oh, qué *delicatess!* Deseo que mis bellas colaboradoras (*Las hace unos mimos.*) tengan aspiraciones grandes para que el día de mañana, casadas las menos, hilvanadas las más, paseéis todas en vuestro Packard o en un Don Dion Butón.

TIMO.—Si han empezado de modistas, les pegará mejor el *Butón*.

HENRY.—Yo quiero que sean famosas las modelos modeladas por mí.

MOD. 1.ª—Nosotras bien que estudiamos.

MOD. 2.ª—Hoy nos toca "Reparación rápida y graciosa de la fachada." (*Las muchachas sacan de un varguecño unos bolsillos coquetones con todo lo necesario para revocarse. También sacan unos abanicos. Doña Timo remeda cómicamente cuanto hagan Henry y las modelos.*)

HENRY.—¿Estamos? Darle vida a la fábrica de los besos. (*Las muchachas se pintan los labios.*) ¡Bien! ¡Muy bien! Juventud y alegría al espejo del alma. (*Las chicas se pintan los orejitas y los pómulos.*) ¡Admirable! ¡Maravilloso! Abrid los miradores. (*Las chicas se pintan los ojos.*) ¡Más vuelos! (*Se pintan más.*) ¡Más amorosos! (*Se pintan ojeras.*) ¡Tres charmant! (*Hace fiestas a todas.*) Sois unas discípulas que sabéis más que el profesor. (*Doña Timo, que sigue poniéndose los ojos como cajas de betún de a peseta.*)

TIMO.—¿Qué le parece? (*Mostrando lo pintarrajeada que está.*)

HENRY.—Me parece que es usted el número uno de la clase. Ahora, lección de movimientos. Paso primero. De postinera. Como tiple de ópera. (*Lo marca él primero, y ellas le imitan.*) Paso romanónico, a lo Bertini (*Pasea imitando a la célebre cinematógrafa.*), procurando apoyaros en lo que podáis. (*Ellas lo hacen.*) Pasito de perdiz, a lo modistilla. Y descansemos por hoy, ya que hemos puesto otra chinita en el maravilloso palacio de la coquetería. (*Las modelos guardan todos los útiles de que se han servido.*)

TIMO.—Voy a venir todas las tardes; pero no crea usted que de mera oyente, no, no; de discípula adelantada y aun de profesora. ¿Quiere usted que inicie un cursillo?

HENRY.—Eso a las nenas.

TODAS (*Palmoteando de alegría.*)—Sí, sí.

MOD. 1.ª—Tenemos ansia de saber.

MOD. 2.ª—Díganos usted cómo se engaña a los hombres, usted que habrá engañado a tantos.

MOD. 1.ª—Háblenos del amor.

TODAS.—Sí, sí, del amor.

TIMO.—Soy doctora, hijas mías. El lenguaje de los ojos. (*Todas los abren exageradamente. Henry, entre las muchachas, no pierde un detalle de doña Timo y hace los mismos jeribeques y visajes que ella con los ojos.*) Los ojos llenan muchas páginas de la historia universal del amor, porque de los ojos se sirven los enamorados para hablar en secreto.

HENRY.—Pocas cosas se podrán decir con los ojos.

TIMO.—Todo, y a veces se dice demasiado. Con los ojos se acaricia (*Mirando lánguida y amorosa.*), se finge pudor (*Ojos bajos.*), se implora (*Mira al cielo*), se muestra el miedo. (*Ojos de espanto.*) ¿Queréis más elocuencia que los ojos de una dama ofendida (*Acompañando la frase con el gesto.*) cuando dicen: ¡Caballero! ¿Por quién me ha tomado usted?

HENRY.—¡Admirable! (*Imitando a doña Timo.*) Señora, ¿por quién me ha tomado usted?

TIMO.—Así mira una muchacha en el baile a su primo, guapo mozo que no le hace maldito el caso. (*Viveza y picardía.*) Baila conmigo este fox, atontado. ¿Que no me comprendes? ¡Uy, qué rabia! ¡Pero qué tontos sois los hombres! (*Da una patadita en el suelo.*) Cuando por la calle os sigue un muchacho de vuestro agrado (*Se da un paseíto.*), se mira así, como diciendo: Sígame, sígame, pollo. Que en el tranvía os miran a hurtadillas, pues le animáis diciéndole con los ojos: Este que me acompaña no es mi marido; es mi hermano.

MOD. 2.ª—Eso es muy largo.

TIMO.—Hay miradas que son una conferencia telefónica.

HENRY.—Con respuesta pagada.

TIMO.—Final de la lección de hoy: cuando estéis entre dos ladronazos, y los dos os hagan tilín, y no sepáis por cuál decidiros (*Mira bizca.*), repartís la mirada, y los dos tan contentos, tan alegres y tan confiados...

HENRY.—¡Oh, mi señora doña Timo, es

usted de lo más grande que se ha escrito... (*La abraza.*) Supongo que mañana...

TIMO.—Mañana aquí, a la misma hora. Si me tuviera una tacita de té, usted ya sabe que le té me anonada...

HENRY.—Pues no faltaba más.

TIMO. — Con leche, ¿comprende? Porque con leche me enajena.

HENRY.—Cipri, acuérdate del té.

MOD. 2.º—Descuide usted, maestro.

TIMO.—Que traigan unos brioches, porque con brioches...

HENRY.—Con brioches la anonada, la enajena, la atontolina... Habrá exceso de brioches. (*Se sonríe.*) Podéis retiraros y haced un poquito de gimnasia rítmica. ¡Firmes!... Un, dos; un, dos... (*Vanse.*)

ESCENA IV

DICHOS *y* MARI-NIEVES

MARI.—¿Se puede?

HENRY (*Va a la puerta, coge las dos manos de Mari, se las lleva al corazón y luego las acaricia y por fin las abandona.*)—Querida Mari, qué placer verla.

MARI.—¿Hace mucho que esperaba usted?

TIMO.—No sé, porque es tan amable la conversación del señor de Henry, que los *minutos parecen horas.*

MARI.—Cuándo dirá usted una cosa a derechas. (*Riendo.*)

TIMO.—¿Es que he trabucado alguna palabra, o he cometido algún lapsus *lápice?*

HENRY.—Ha sido una broma de Mari-Nieves.

MARI.—Quiero que tase usted mi abrigo de nutria, el grande, y deseo también que se quede usted con los últimos trajes que me hizo, están sin estrenar.

HENRY.—¿Pero vende usted todo?

MARI.—Sí. Boni-Eslava se quedará con mis alhajas, yo me voy esta noche a Málaga.

TIMO.—Y en una gasolinera a Río de Janeiro.

MARI.—Pienso vivir en el Brasil, y con la ayuda de Dios y mi trabajo, sacaré adelante a... (*Variando de tono.*) ¿Y la niña? (*Miradas de inteligencia entre los otros.*)

TIMO.—En el taller viendo unas telas.

MARI.—Tengo un millón de cosas que hacer, y el "auto" que me envió don Lorenzo lo he despedido. No quiero darle a ese hombre pie, y que se tome la mano.

TIMO.—¿Ha ido Guillermo por tu casa? (*Aparte.*)

MARI.—Dos veces; el portero, que vale un mundo, le ha hecho creer que no estaba. Guillermo no me ve a mí hasta el día del juicio. ¿Vamos?

HENRY. — Vamos. Como no adelanten la hora del tren, se avecina un terremoto. (*A Timo.*)

TIMO.—El miedo que tengo, me entumece las choquezuelas. (*Mutis. Aparte.*) ¿Habrá llegado la carta?

ESCENA V

MORALEDA, CONCHITA, DONCELLA, *y en seguida* HENRY

DONC.—Esperen un momento, que voy a llamar al mesié. (*Mutis.*)

CONCH. (*Mirando con asombro la habitación.*)—Oye, Paco, ¿este modisto no hace más que trajes de máscara?

MORAL.—Endebles que son los ternos que fabrica el gachó. ¿Tú ves que te resuma la madrileñería? Pos en cuanto te pongas er vestío que él te confeccione, serás tarmente una miss o una francesilla o una fraulein.

CONCH.—Yo vengo aquí porque tú quieres, pero hay un modelo de London en la calle de Toledo, que quita las penas.

HENRY. (*Sale con la doncella, que hace mutis.*)—Oh, mon ami, don Paco. (*Le da las dos manos, con las que aprisiona las de Moraleda, y se lleva las tres al corazón.*) ¿Coman tale vu?

MORAL.—Tres bien, ¿e vu?

HENRY.—Perfetemant. Aseyé, aseyé sil. vu plé. ¿A qué debo el honor?

MORAL.—Aquí esta amiguita mía (*Hace un saludo ridículo.*), que quiere un traje bien, y yo me dije. Pos quién sacará partido de esta escurtura. Pos el amigo Henry.

HENRY. (*Coge la mano de Conchita para saludarla y se la lleva al corazón.*)—Oh suremant. Tiene un tipo distinguido, un perfil maravilloso, yo haré locuras en el cuerpo de esta señorita.

CONCH. (*Tendrá cola este tío en la ma-*

no.) —¿Me suelta usted un ratito, que luego le dejaré otra vez?

HENRY.—Oh, qué ingeniosa, verdaderamente encantadora.

MORAL.—Vamos a lo nuestro. ¿No tié usté por aquí a mano un terno, pa ver cómo le cae?

HENRY.—Precisamente hemos terminado una robe de playe creación Henry, que le caerá a maravilla. Ahora se la probaremos.

CONCH.—¿Pero me tengo que desnudar delante del mosiú?

HENRY. — No, no; usted pasa detrás del parabán ese, y sale vestida.

CONCH.—Oye, ¿tendrá rendijas el parajuán ese?

MORAL. (*A ella.*)—No te hagas ilusiones.

ESCENA VI

DICHOS *y* DOÑA TIMO

TIMO. (*Saludando.*)—Perdón, creí que no había nadie, y venía a recoger el bolso. (*Lo hace.*)

MORAL.—Qué, ¿le hasen a usté las capelinas de piel en un taller tan bueno como éste?

TIMO.—Hasta que no me las regales tú, tengo que llevar un renard de Tejado. (*Medio mutis.*)

MORAL.—No se vaya usted, que vamos a enjaezá a ésta con unas guarniciones nuevas invento der señó.

TIMO.—¿Molesto, señor de Henry?

HENRY.—Muy al contrario. (*Toca el tan tan. Cara de asombro en la chula.*) A ésta le ha hecho efecto el caldero. (*Sale la Manequín 2.ª, y simula el modisto que habla con ella. La Manequín hace mutis, y vuelve en seguida con un traje.*)

CONCH. (*A Moraleda.*)—Maldita la gracia que me vea doña Timo.

MORAL.—¿La conoces?

CONCH.—Va toas las mañanas al puesto que tiene mi hermana en la calle de la Ruda, y arma unas broncas horribles, empeñá en que tienen que entrar quince pimientos en una docena.

MANE.—Aquí está el vestido.

HENRY.—¿Y la señorita es artista? ¿*Dirse* de aires regionales quizá?

MORAL.—No es artista, pero lo será, porque a ratiyos se apunta por Levante como er Niño de Cabra. (*A ella.*) ¿Por qué no le chamullas ar maestro aquello de "¿Qué tienes con San Antonio, que tanto te acuerdas de é?"

CONCH. (*Muy chula.*)—Pues no se lo chamullo, porque no estoy tan chalá como tú. (*Sale de detrás del biombo.*) No me está mal este capisayo.

HENRY. (*Mirándola por todos los lados.*)—Oh, lindo, lindísimo, libelulesco.

TIMO.—Le está como para que la estrellen.

MORAL.—Muy exagerado el descote, yo no sé por qué les gusta eso a las mujeres.

TIMO.—El escote les gusta más a los hombres.

HENRY.—Oh, mesié, si los hombres no miráramos lo que no nos importa, no irían tan descotadas las señoras.

MORAL.—Diga usted, maestro, ¿usté cree que no habrá una alteración de orden público, si se presenta Conchita en San Sebastián con ese traje?

HENRY.—¡Oh, quién sabe!; los españoles están ustedes muy atrasados. A París yo he visto a Valencia cuarto vestido de toreador por le Plas Pigal del brazo de doña Tancreda, y a nadie le llamó la atención, y aquí, en Madrid, sale un hombre sin sombrero y con sandalias y todos creen que está loco. (*Mirando a Conchita.*) Cipri, por Dios, ese frunce, ¿no ves que hace más mórbida la figura? ¡Oh, qu'il horreur! No se puede con vosotras. Levanta esa aplicación, al bies, no, que destruye la línea. Siempre al hilo, te lo tengo advertido. Así, mira. (*Arreglándola la cintura y aprouchándose.*) De cintura está admirable. (*Idem de espalda.*) De espalda está superior. A ver las caderas. ¡Oh, de caderas se encuentra tres bien! ¡Y el pecho! ¡Oh, hay que tocarlo un poquito, ¡qué lástima!

MORAL. (*Un poquito mosqueado.*)—Yo creo que no hay que tocarlo.

TIMO.—El señor de Henry ha sido pianista.

HENRY.—Quedará precioso.

CONCH. (*Rápida a Henry.*)—¿Cuánto vale el trajesito?

HENRY.—Mil pesetas.

CONCH. (*Rápida.*)—Pues le pone usté a ese engullipao mil doscientas, ¿comprende?

HENRY.—Demasiado.

MORAL.—¿Qué decías, Chita?

HENRY.—Preguntaba el precio del modelo, y le he dicho que para que queden contentos, cobraré nada más que mil cuatrocientas pesetas. (*A Conchita.*) ¿Comprende?

CONCH.—Bueno; ¿me lo puedo quitar ya?

HENRY.—Ouí, oui. Quedará una creación muy siglo XVIII.

CONCH. (*Al pasar junto a Moraleda, estando a su lado doña Timo.*)—A mí me parece que este tío franchute se está caneando de nosotros. (*Mutis al biombo con la Manequín.*)

TIMO.—¿Te has percatao? Muy calle de la Ruda.

HENRY.—Hoy no puedo entregar el traje, porque la madan está fuera vistiendo a unas damas. (*Saca un "carnet" y lo mira.*) Ya me harán ustedes la merced de venir mañana a las cuatro. (*Mirando el carnet.*) No, a las cuatro, no; que viene la Napierkosca (*Cara de asombro en doña Timo.*) y Aneta Paulo Estrausky. (*El mismo juego de doña Timo.*) Vengan a las cinco, y después de las medidas tomaremos el té.

MORAL.—A las cinco estamos aquí como una bala.

TIMO.—Vendré también, porque el té me sugestiona.

MORAL. (*Va al velador de los figurines y coge unos cuantos. Hablando con la chula.*)—Pero acaba de vestirte, so güeso.

CONCH. (*Dentro.*)—Ya va, pelmazo, que esto no se hace por la letricidá. (*Moraleda silba un trozo de música popular, mientras ve los figurines.*)

TIMO. (*Al modisto confidencial.*)—¿Por qué la ha dicho usted a Moraleda que no estaba la madam? Es que no tiene cuerpo para que usted la vista, ¿verdad?

HENRY.—No, el señor Moraleda paga muy bien Lo que pasa es que hay que darle importancia a la profesión.

TIMO.—Pobrecillo, y cómo se ha tragado esos infundios de la Cuska y el Cusky y la Anita Camelusky.

HENRY.—No son camelos, son personas de carne y hueso como usted, como yo y como los albaricoques.

TIMO.—¡A mí no! (*Dudando.*) Con esos nombres no se puede ser ni pájaro.

CONCH. (*Saliendo.*)—Ya estoy. Me parece que más pronto, ni Fregolini.

MORAL.—Señor de Henry, que haya mucha salú; doña Timo, mañana a la misma hora aquí, que habrá té y agujas de ternera a la jardinera.

TIMO.—Pues no faltaré, que esas agujas me hipnotizan.

HENRY.—Hasta mañana, mon cher ami. (*Le va a dar la mano a Conchita.*)

CONCH.—No, que se va usted a quedar con ella. (*Henry se adelanta para abrir la mampara.*)

MORAL.—No se moleste, yo salgo lo mismo por la puerta de Madrid que por la de caballos.

TIMO.—¡Qué cafre! De fijo que en vez de corazón tiene un castoreño.

ESCENA VII

DICHOS *y* MARI-NIEVES

MARI. (*Saliendo.*) — Doña Timo, ¡por Dios!

TIMO.—Hija, perdona; me he entretenido viendo a Paquito Moraleda, que parece una edición de lujo de *La Lidia*.

ESCENA VIII

DICHOS *y una* DONCELLA

DONC. (*Por la puerta del foro se acerca misteriosamente a Henry y le dice.*)—Por la escalera interior acaba de llegar un señorito que se llama don Guillermo del Valle, y quiere ver a usted reservadamente.

HENRY.—Pásale al saloncito *bleu*, y di que soy con él. (*Vase la doncella. Henry llama a doña Timo y la habla con gran misterio.*) Doña Timo, con permiso de Mari-Nieves. (*Se acerca doña Timo.*) En el saloncito *bleu* tengo a Guillermo que ha llegado por el interior de la casa. Había seguido a Mari-Nieves, y en vista de que no salía...

TIMO. (*Aparte.*)—¡Si supieran!

HENRY.—¿Qué le parece que le diga?

TIMO.—Usted déjele hablar, para saber a qué viene, y si pregunta por Mari-Nieves, le dice que está aquí.

HENRY. (*Alto.*)—Con permiso, tengo una visita... (*Vase.*)

MARI.—¿Qué conciliábulos se traía usted con Henry?

TIMO.—¿A qué no sabes la visita que espera al palomino *atontao* del modisto?

MARI.—No sé.

TIMO.—El propio Guillermo, que sabe que estás aquí, y quiere hablarte por última vez.

MARI.—Vámonos ahora mismo.

TIMO.—Mujer no seas súpita, que pareces *La señorita está loca.* ¿Qué trabajo te cuesta dialogar con él? Suponte que se ha enterado, y que va a hablarte de tu hijo...

MARI. (*Con gran interés.*)—¿Usted cree que será eso?...

TIMO. (*Aparte.*)—Te pesqué. (*A ella.*) Como que me lo acaba de decir el señor de Henry.

MARI.—Entonces...

TIMO.—Mira, tú te metes en esa habitación, y me dejas a mí preparar la entrevista que ya sabes que para estas cosas me pinto sola.

MARI.—Pero no me dejará usted en mal lugar...

TIMO. (*Empujándola a la derecha.*)—Anda, anda, y ya verás. (*Mete a Mari por dicho lugar.*) La verdad es que estoy armando un lío, que no sé cómo voy a salir de él. Si lo coge don Pedro Muñoz Seca, menudo vaudeville el que escribe. Pero poco he de poder, o a Guillermo y Mari-Nieves los arreglo yo para *in secula.* Voy a ponerme al habla con el señor de Henry.

HENRY. (*Entrando cuando doña Timo se dispone a marchar.*)—El encargo de Guillermo es para un diplomático. Que le sirva de embajador. ¡Qu'il horreur! ¿Dónde va usted, doña Timo?

TIMO.—¿Dónde va usted, señor de Henry?

HENRY. (*Muy misterioso y mirando a todos lados.*)—Vengo en busca de ella.

TIMO. (*El mismo juego.*)—Voy en busca de él.

HENRY.—Me ha nombrado su ministro plenipotenciario.

TIMO.—Soy su correo de gabinete.

HENRY.—Tengo amplios poderes para hacer y deshacer.

TIMO.—Puedo disponer a mi antojo para arreglar y desarreglar.

HENRY.—Entonces...

TIMO.—Entonces...

HENRY.—A poco que ceda ella la primera...

TIMO.—Con nada que se humille él primero.

HENRY.—Pero recuerde usted, distinguido correo de gabinete, lo que dijo no sé qué poeta:

> lo que sobran son mujeres,
> que el hombre no tiene precio.

TIMO.—Y usted no olvide, apreciable embajador, que me parece fué Bécquer el que escribió:

> No te fíes de los hombres
> aunque los veas llorar,
> que son como los tomates,
> que vienen por temporás.

(*Aparte.*) A mí, coplitas, no.

HENRY.—Me parece que no desempeña usted bien su papel.

TIMO.—Creo que está usted fracasando en el suyo.

HENRY.—El caso es que él no piensa más que en ella.

TIMO.—Pues ella no tiene más idea que él.

HENRY.—Yo quisiera verlos felices.

TIMO.—Ese es mi deseo. (*Pequeña pausa.*)

HENRY. (*Aparte.*)—Yo me humillo y le digo a él que ella cedió la primera.

TIMO. (*Aparte.*)—Yo cedo la primera, y la digo que el humillado fué él.

HENRY.—¡Doña Timo!

TIMO.—¡Señor de Henry!

HENRY.—Lo que la voy a decir, que quede entre los dos.

TIMO.—Que no salga de nosotros lo que pienso hablarle.

HENRY.—El cederá el primero.

TIMO.—Será ella la primera que ceda.

HENRY.—Pero yo le diré que fué al revés.

TIMO.—Yo le explicaré que fué al contrario.

HENRY.—Esta es mi mano.

TIMO.—Esta es la mía.

HENRY.—Corro a decírselo al uno.

TIMO.—Vuelo a contárselo al otro.

HENRY.—Un momento.

TIMO.—Un instante...

HENRY.—Si está todo arreglado, ¿para qué buscar a ella?

TIMO.—En ese caso, ¿para qué buscar a él?

ESCENA IX

DICHOS *y* MARI-NIEVES

MARI. (*Entrando.*)—¡Ay, ustedes perdonen, creí que no había nadie! ¿Se estaban ustedes enamorando?

HENRY.—¿Enamorar yo? ¡Qu'il horreur! Hablaba por delegación...

TIMO.—Y yo por poderes. Ya sabes que en la milicia del amor, estoy en la segunda reserva.

HENRY.—Pues a mí me licenciaron por inútil.

MARI.—Con permiso, mesié Henry. ¿Me hace usted el favor, doña Timo? (*Se van a un rincón.*) ¿Qué ha pasado?

TIMO.—Lo que yo me esperaba. Ha dicho Guillermo, por boca de Henry, que te pedía perdón de rodillas, y que aceptaba el castigo que le impusieras.

ESCENA X

DICHOS *y* GUILLERMO

GUILL. (*Entra sin reparar en Mari ni en doña Timo.*)—¿Qué hay de mi encargo, mesié Henry?

HENRY.—Todo arreglado. He hablado con doña Timo, que traía instrucciones de Mari-Nieves. ¡Es su esclava de usted!

TIMO.—¿Señor de Henry?

GUILL. (*Volviéndose y viendo a Mari-Nieves.*)—¡Ella!

TIMO. (*A Henry.*)—¿Quiere usted acompañarme a ver esas telas de que me habló.

HENRY.—Con mucho gusto.

GUILL. (*A Henry.*)—No se vaya usted.

HENRY.—No se preocupe, en cuanto se queden solos, se echará en brazos de usted llorando. (*A doña Timo.*) ¿Vamos?

TIMO. (*A Mari-Nieves.*)—No te pongas nerviosa. En cuanto nos vayamos el señor de Henry y yo, se soltará el pelo y se tirará por el suelo. Vamos. (*Al mutis con Henry.*) Soy el Marqués de Lema.

HENRY.—Soy León y Castillo.

ESCENA XI

MARI-NIEVES *y* GUILLERMO. *Mari-Nieves se abanica nerviosa y mira a hurtadillas; Guillermo el mismo juego. Pequeña pausa.*

GUILL. (*Aparte.*)—Tiemblo como azogado.

MARI (*Aparte.*) — En mi vida he estado más nerviosa. (*Pequeña pausa.*) (*Aparte.*) Pues no se tira por los suelos.

GUILL. (*Aparte.*)—No se echa en mis brazos.

MARI. (*Aparte.*)—Esto ha sido una añagaza.

GUILL. (*Aparte.*)—Esto ha sido una farsa indigna.

MARI.—Acabemos de una vez. (*A Guillermo.*) Aunque estoy aquí no he venido por verte.

GUILL.—Ni yo.

MARI.—Pero ya que hemos sido engañados, si quieres decir algo, dilo, pero deprisa. No estoy para perder el tiempo.

GUILL.—Mari, cuando nos encontramos anoche...

MARI.—¿Vas a hacer historia? Me sentaré. Escena primera. El señorito y la costurera engañada. (*Con chunga.*)

GUILL—Te advierto que no he venido para aguantar burlas. (*Mohín de ella.*) ¿Es verdad que... te pretende don Lorenzo?

MARI.—¿Y era para preguntarme *eso*, para lo que me buscabas?

GUILL.—Dime..., ¿es verdad (*Insistiendo.*) que te pretende en serio?

MARI.—Es verdad que me pretende; no sé si en serio, en cómico o en trágico; pero que no *me engañan otra vez*, puedo jurártelo.

GUILL.—¿Tú te has creído que yo me voy a perder por una mujer?

MARI.—No. Ahora ya te conozco. Me creí que me querías, que veías por mis ojos, y luego me *convencí*, cuando me dejaste como un trapo que se desecha.

GUILL.—Eres injusta conmigo. Tú has sido mi única ilusión, pero hay algo más fuerte que nosotros mismos. Te repito que te

quise, que te quiero, y que olvides. Te lo pido por...

MARI.—¿Por quién? (*Con afán.*)

GUILL.—Por mi madre.

MARI. (*Decepcionada.*)—¿Por tu madre? Por tu madre, que no condenó la infamia que hiciste conmigo; que no atendió a mi súplica: que me echó de su casa; que me alejó de ti. ¡Aquella herida no se debió cerrar nunca! Luego tus besos engañosos, creí que me curaban. Volviste por el juguete abandonado. Me exhibiste por todas partes. Fuí la *amiguita* del niño rico, y tu vanidad quedó satisfecha. Si tú envenenaste mi pobre vida, lanzándome a un mundo desconocido, *que no me va*. Si por ti soy una desgraciada, ¿cómo pides ahora *que olvide?* Si me acuerdo, tengo motivos para matarte. ¿Vives?; pues es que ya lo olvidé.

GUILL.—Nunca te ha faltado nada.

MARI.—Me faltaba todo. Me faltaste tú. Mi cariño, mi esperanza. Creíste cumplir... mandando unas miles de pesetas, para que no me muriera de hambre. En eso sí eres generoso. Si tuvieras corazón, él te diría por qué las acepté, y por qué ahora, te escucho sin escupirte.

GUILL.—Entiendes el querer de otra manera. Si hoy estás sola...

MARI.—¿Sola? No. Te equivocas. Ahora es cuando estoy más acompañada. (*Con intención.*)

GUILL.—Mari..., calla.

MARI.—Hoy tengo más agradable compañía que cuando te tenía a ti.

GUILL.—¿Don Lorenzo?... Un viejo.

MARI.—No estás enterado. Mucho más joven que tú. Un niño, que es toda mi vida. Que me tiene loca.

GUILL.—Calla..., calla.

MARI.—Aquella noche del *cabaret*, la que me ultrajaste por Lola, ¿te acuerdas?, tenía que decirte *algo* que era mi orgullo, mi ilusión; pero arrastraste mi dignidad de mujer, y te oculté mi felicidad de madre... (*Decidida.*)

GUILL.—¿Cómo? (*Sin comprender.*)

TIMO.—Mari. (*Saliendo.*) Ha venido el ama de cría *con tu hijo*.

HENRY.—¡Apoteósico! (*Saliendo.*)

GUILL.—Tu hijo. ¿De quién es ese hijo? (*Fuera de sí.*)

HENRY.—(Se ha puesto chispero.)

TIMO.—Preveo el final de *Tosca*.

GUILL.—¿De quién es ese hijo?

MARI.—Ya lo has oído, *mío*.

GUILL.—¿Quién es el padre?

MARI.—Un granuja.

TIMO. — Tu vivo retrato. Si te hace una *calcomanía, Alfonso*, no sale más parecido.

HENRY.—Yo lo certifico, que soy un buen fisonomista.

GUILL.—¿Un hijo? ¿Cómo no me lo decías? (*Desconfiado.*)

MARI.—Quería que volvieras a mí por mí, y en mi casa te encontraras con un pedazo de tu carne y de mi alma. ¡Mi última vanidad de mujer!

TIMO.—La *casualidad* lo ha dispuesto de otra manera.

HENRY.—Desde ahora la llamo a usted doña Casualidad. (*A Timo.*)

GUILL.—¡Un hijo! (*Anonadado.*)

MARI.—No creas que te molestaré. Por ese ángel de Dios vivirás tranquilo, que cuando lo tengo en mis brazos y cruza por mi frente un mal pensamiento, me mira con sus ojitos negros como la soledad, y tristes como mi alma, y me imagino que dice. "No llores, madre, que seré un hombre y te vengaré."

GUILL. (*Decidido.*)—Vamos a verle.

MARI.—Guillermo, te pido que mi hijo lleve tu nombre, porque es tuyo. Si puedes hacerlo, o si quieres hacerlo, manda. Soy tu esclava.

HENRY.—¡Qué Mari-Nieves! (*Llorando.*)

TIMO.—*Es María, o La hija de un pobre jornalero.*

GUILL.—Mari, ¿me dejas *tu* hijo, para que mi madre le llame nieto?

MARI.—¡Por fin! ¡Gracias, Dios mío! (*Se abrazan los dos.*)

TIMO.—Henry, un abrazo. (*Contenta.*)

HENRY. (*Huyendo.*)—Nosotros no tenemos que reconocer ningún *crío*.

TIMO.—Te saliste con la tuya.

MARI.—Yo, no. Su hijo. ¿Pero cómo has sabido que yo estaba aquí?

GUILL.—Por un anónimo. Vine ciego; pero ahora, besaría la mano que lo escribió.

TIMO. (*Poniéndosela delante.*)—Bese usted.

MARI.—Pero cómo, ¿doña Timo?

TIMO.—Yo he querido hacer de *Gran Galeoto*, para echaros ese *Nudo Gordiano*.

HENRY.—Y lo del niño, es mío

GUILL.—¿Cómo?

TIMO.—El hacer que usted se enterase.

HENRY.—Es la primera vez que en mi casa se hace un *arreglo* así.

ESCENA FINAL

DICHOS *y* LOLA LA MARCHOSA

LOLA. (*Dentro.*)—No anuncies. Que me conocen. ¡Ellos! (*Al verlos.*)

HENRY. — Sí; Dios los cría... (*Con miedo.*)

TIMO.—Y ellos se juntan.

GUILL.—¿Qué quieres?

LOLA.—*Chafaros* el paso doble.

TIMO.—(Cenamos en la Comisaría.)

HENRY.—*Que te croi toi çá.*

TIMO.—Te puedes ir con la música a otra parte.

LOLA.—¿Marcharme sin él? A mí no se me puede despedir como a un cochero, como a ti.

HENRY. (*A Mari, que ha cuchicheado con él.*)—Dela usted con la sombrilla, pero en la calle.

MARI.—¿Nos vamos, Guillermo?

LOLA.—Para que salgais juntos tié que levantar mi cadáver el juez de guardia. (*Guillermo va a pegar a Lola y Mari lo impide.*)

MARI. (*Imperativa.*)—¡Quieto! Esto es cosa de mujeres. ¿Te gustan las chulerías? Pues para chula, yo. (*Con fiereza progresiva.*) Este hombre es mi primero y mi último amor. ¿Te enteras? Mi único amor. Si ahora volvieras a llevártelo te deshacía. (*A él.*) Guillermo, escoge. (*El duda.*) Te lo pido por tu hijo. (*Guillermo toma el brazo de ella e inicia el mutis.*) Ya ves si me lo llevo; si tienes alma, echa detrás de nosotros. (*Se quita el sombrero y lo tira.*) Pero no olvides que le quiero para mí sola, que es el padre de mi hijo, y que tienes que pasar por esta puerta, y que en esta puerta estoy yo.

TIMO.—Estoy viendo la mejor representación del *Juan José*.

HENRY.—Lo que está usted viendo es *El miserable puchero* asegurado. (*Telón.*)

A. Torres del Alamo y Antonio Asenjo

Imp. de ALREDEDOR DEL MUNDO, Martín de los Heros, 65.

NEUTRÁCIDO

ESPAÑOL

VENCE de modo integral y permanente las enfermedades de estómago, hígado e intestinos.

Remedio seriamente científico y *único en el mundo*, por su eficacia y originalísima composición (azufre, calcio y carbono coloidales). *No contiene* los nocivos BISMUTOS, BICARBONATOS, MAGNESIAS, COCAÍNA, MORFINA, etc., que integran todos los demás específicos para el estómago. *No produce* estreñimiento y *lo suprime* totalmente. *Cura*, así, el *exceso* como *la falta* de ácidos. *No obliga* al régimen lácteo y permite en breve plazo *comer de todo*, con digestión perfecta. *No tiene* sabor alguno. Nacido al impulso de tenaces trabajos de Clínica y Laboratorio, ha conquistado su prestigio definitivo por la constante formulación que le dispensa nuestra cultísima clase médica

Frasco 6 pesetas

También se expenden frascos dobles (medio litro) a 10 pesetas

El ilustre médico de San Sebastián, doctor C. de Irigoyen, Comendador de la Real orden de Isabel la Católica, Caballero de la Orden del Mérito Naval. Premiado en importantes certámenes médicos nacionales y extranjeros y perteneciente a todas las Academias de Medicina de España y América etc., etc., dice en un extenso y luminoso dictamen:

"Neutracido Español", me ha proporcionado en los numerosísimos casos en que lo he formulado, curaciones sorprendentes, no sólo en casos de hiperclorhidria, sino en variadísimos trastornos por falta de ácido clorhídrico, afecciones diversas del hígado e intestinos, graves e inveteradas, así como procesos múltiples del artritismo, considerándolo por ello y por su inofensiva y original composición, como sublime producto que merece una voz nacional a la labor terapéutica positiva y universal, que brillantemente nos concede"

Solicite Vd del concesionario exclusivo D. José Martín Galán

Arjona, 4 — Sevilla, *un notabilísimo y lujoso folleto que le será remitido gratuitamente.*

PQ
6637
07M47

Torres del Alamo, Angel
Mari

PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY

UTL AT DOWNSVIEW
D RANGE BAY SHLF POS ITEM C
39 10 08 24 08 028 0